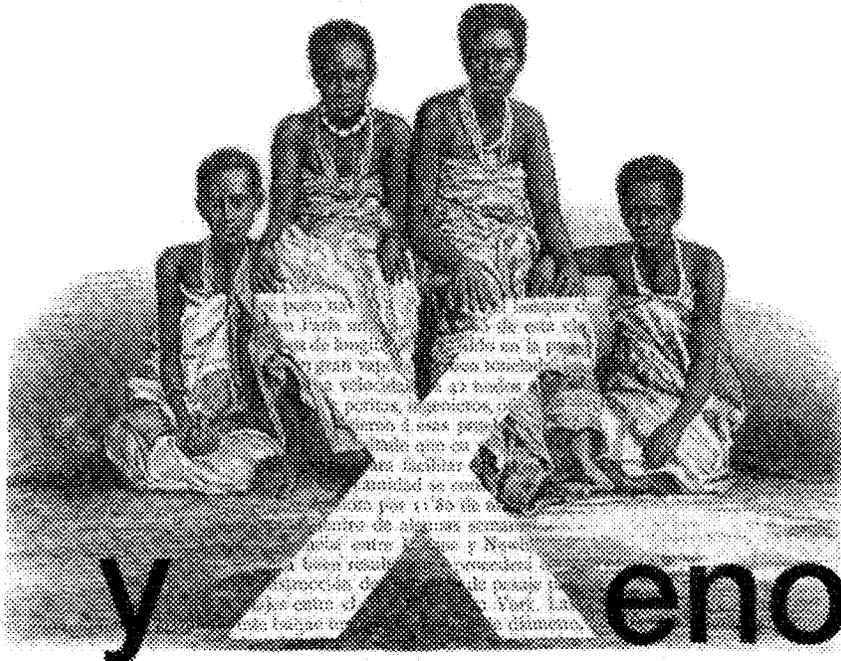


Biblioteca



y enofobia

Punto de partida

En los últimos años la opinión pública se ha mostrado unánime en el rechazo de las manifestaciones de racismo y xenofobia que puntualmente han tenido lugar en nuestro país. La implantación de movimientos como SOS Racismo, o la celebración anual de la Festa de la Diversitat en Catalunya, son ejemplos que demuestran cómo en la sociedad civil se ha materializado una nueva sensibilidad ante la presencia cada vez más significativa de población inmigrante. Sucede también que esta sensibilidad no siempre va acompañada de una reflexión profunda que explique la razón última del creciente número de hombres y mujeres de etnias, culturas, religiones y lenguas tan diferentes a las nuestras. Suele ocurrir que su presencia se problematiza y se pierde de vista la cuestión de fondo: la pobreza estructural de sus países de origen, una pobreza que se constituye en consecuencia necesaria en el proceso de globalización de la economía mundial.

La xenofobia no es el único escollo en la convivencia entre culturas, quizá sea el más llamativo y contra el que exista una predisposición más firme y enérgica. Pero existen barreras más sutiles e imperceptibles como el estereotipo y el prejuicio racial, sobre todo si ambos se utilizan en la justificación de las medidas políticas para hacer impermeables las fronteras de la Europa comunitaria.

Asistimos a una creciente pluralidad de realidades sociales con sus respectivos modelos culturales, es decir, modelos en cuanto a maneras de vivir y de entender el mundo. En este contexto de pluralidad, hablar de interculturalidad o de respeto a la diversidad de las minorías implica usar unos términos que en lo meramente retórico gozan de buena salud. Pero en el mismo momento en el que el contacto cultural se presenta como algo problemático, conflictivo y se establece la dinámica en términos destructivos: segregación, aculturación, marginación, etcétera, la buena salud retórica sucumbe ante la perversión del estereotipo.

Es muy amplia la oferta de cauces a través de los que reforzar todo tipo de estereotipos basados en la diferencia cultural, lingüística o religiosa. Observemos, por ejemplo, la oferta audiovisual. La información que filtran los medios de comunicación sobre el Tercer Mundo rara vez se enmarca en los parámetros de lo "civilizado": hambrunas endémicas, matanzas tribales, radicalismos ideológicos y religiosos, catástrofes naturales, etcétera, son retazos de veracidad que esquematizan una realidad fragmentada, transformada en espectáculo televisivo y que persuade de la imperfección de unas sociedades que generosamente denominamos en "vías de desarrollo". El cine también contribuye decisivamente a satanizar o ridiculizar a otras culturas. ¿No acostumbra a ser hispano el gran traficante? ¿Y el terrorista internacional, no tiene semblante y

maneras de árabe? ¿Es casual que el protagonismo televisivo de los actores de color en los Estados Unidos venga de la mano de los *soap operas*, en los que la comunidad afroamericana aparece como un grupo social frívolo y despreocupado, sin inquietudes trascendentes? No parece exagerado afirmar que la representación que se hace de las "culturas periféricas" y de sus miembros responda al más mínimo atisbo de generosidad y objetividad. La cultura audiovisual es una muestra del vigor con el que se interviene en el proceso de mistificación de otros colectivos. Por ello no es de extrañar que buena parte del conocimiento que tenemos de los inmigrantes está subordinado a la representación que de ellos se ofrece desde los medios de comunicación como un todo homogéneo. Son pocas las ocasiones en las que el escenario de representación responde a pautas ajenas a la precariedad, la delincuencia o la marginación.

¿Qué papel le toca jugar a nuestras bibliotecas?

La cuestión de fondo que se nos plantea desde las bibliotecas es cómo compatibilizar, si es posible, la tendencia creciente a una realidad multicultural con esquemas e inercias sociales basados en modelos monoculturales, escasamente atentos a la diversidad y proclives a explicar el contacto con otras culturas mediante el estereotipo. Frente a esta situación las bibliotecas, especialmente las bibliotecas públicas y escolares han de defender de forma explícita y positiva la interculturalidad haciendo efectivos los principios de equidad y universalidad que rigen su actuación. Y ello equivale a decir que la biblioteca debería, en primer lugar, no contribuir a la reproducción de ciertos valores del orden social vigente y, como consecuencia, constituirse en un espacio social que, junto a la escuela y al movimiento asociativo, intervenga en la construcción de un discurso crítico de la civilización y de su actor: el ciudadano.

¿Cómo articular tal actuación? Mediante una doble vertiente que podríamos concretar de la manera siguiente: *Participar en los procesos de integración social de la población inmigrante e intervenir en la lucha contra el prejuicio cultural.*

Biblioteca e integración social

La integración social del inmigrante, es decir, el acceso a unos niveles de participación en la esfera de lo público que permita definirlo como ciudadano de pleno derecho, no parece ser un tema de verdadero interés político. En este contexto de desatención política se le brinda a la biblioteca la oportunidad de crear nuevos métodos para atraer y servir a una tipología de usuarios con nuevas necesidades y ayudarlos a integrarse sin amenazar su identidad cultural. La biblioteca se convertiría de este modo en la vanguardia tanto

en el conocimiento de la realidad del inmigrante como en la actuación dentro del ámbito de la interculturalidad. Sin duda sería mucho más provechoso y deseable que tales esfuerzos formasen parte de una aproximación gubernamental al problema, puesto que de no ofrecerse un apoyo continuado y efectivo a la política de integración, poco podrá hacer el sistema bibliotecario para solucionar el abanico de desventajas que la inmigración conlleva. Los factores que explican la exclusión son en su mayoría estructurales. Atajar el problema sólo puede hacerse desde una perspectiva global, desde una voluntad política que intente subvertir valores y actitudes en la construcción de una sociedad más democrática, solidaria y justa.

El pluralismo cultural no debería ser una situación en la que cada minoría dedicara sus energías a la defensa de su identidad al verse aislada, y en peligro de perder aquello que la define, sino que se ha de considerar cada vez más como un aspecto permanente que garantice la civilidad, y para ello es indispensable aplicar respuestas políticas de amplia base que puedan aprovechar el acervo cultural de los colectivos de inmigrantes, preparar a la comunidad para que disfrute de los beneficios derivados de este pluralismo, y fortalecerla para prevenir la exclusión revestida de intolerancia, xenofobia o racismo.

Integración no es sinónimo de asimilación, pérdida de la identidad individual o de grupo, ni de las características originarias de una cultura. Tampoco debe confundirse con uniformidad u homogeneidad de comportamientos y actitudes. El término, inspirado en el valor de la solidaridad, implica la conquista de ámbitos de participación social en la comunidad por parte de los miembros de cada grupo. Su finalidad es igualar las oportunidades, no los comportamientos, ni las mentalidades, compartir el derecho a ser ciudadanos. Para ello es necesario eliminar obstáculos legales, así como los prejuicios culturales y lingüísticos. Pero cabe advertir que trabajar para preservar la diferencia puede tornarse en un equívoco peligroso y favorecer el racismo diferencialista. Por encima de todo debe estar presente el reconocimiento real y cotidiano por parte de los ciudadanos del derecho de todos a la igualdad de oportunidades sociopolíticas, deben preceder y acompañar siempre de manera explícita e inequívoca, como actitudes previas y condición *sine qua non*, a cualquier actividad referida al derecho a la diversidad de las minorías.

Los inmigrantes son un colectivo con un alto riesgo de marginación. De ahí que al hablar de la necesidad de articular políticas de integración, debemos pensar en diferentes campos de batalla: integración económica, social, cultural y jurídico-administrativa. A pesar de ser conscientes de la necesidad real de tal integración, ésta no dejará de ser un espejismo mientras se circunscriba únicamente al ámbito escolar o el único receptor de las actuaciones públicas sea la población autóctona. La importancia de la biblioteca como instrumento de soporte a una integración efectiva radica en

su vocación universalizante, de adecuación constante a la comunidad que ha de servir, y ha de luchar para ser una auténtica biblioteca pública asegurando un acceso equitativo a la información y a la cultura. Desde este punto de vista, integrar implica también disponer de los recursos que permitan poner a la par las oportunidades de todos los individuos. De lo contrario se perpetúa el desequilibrio entre grupos favorecidos y desfavorecidos, se amenaza una de las bases de la cohesión social, y a su vez esta situación puede conducir a problemas más complejos en el seno de la comunidad.

¿Cómo materializar la actuación de la biblioteca en el proceso de integración social de la población inmigrante?

- Persuadiendo a la población inmigrante de la utilidad de la biblioteca a través del diseño de estrategias idóneas que promuevan servicios igualitarios y de calidad.
- Participando activamente en la formación del inmigrante y paliar así el riesgo de exclusión social.
- Contribuyendo a la reafirmación cultural del inmigrante en el seno de la comunidad.
- Cooperando con otras entidades implicadas en la lucha contra los procesos de exclusión.

La biblioteca en el proceso de superación del prejuicio cultural

El extranjero encarna lo diferente, lo ajeno no compartido porque su origen, sus costumbres, su religión o su lengua son otras. Y la diferencia es terreno abonado para el prejuicio. Con anterioridad se ha hecho referencia al papel que desempeña el discurso mediático en la construcción y reforzamiento de ciertos prejuicios raciales y culturales. Tal proceso de representación forma parte de una visión etnocéntrica del mundo y de sus valores, acorde con lo que comúnmente denominamos cultura occidental, caracterizada por modelos de vida que se consideran exportables y asimilables y que, además, tienden a definir lo que entra en los parámetros de la civilización y lo que no.

En este marco la integración efectiva de los inmigrantes empieza inevitablemente por la implicación de la comunidad que los acoge, tomando conciencia de la situación traumática que implica el desarraigo y reconociendo la existencia de actitudes excluyentes y de estereotipos perniciosos hacia ciertas minorías. Quizá la actuación más efectiva sea contribuir en el proceso formativo de niños y adolescentes ya que así se incide en la prevención de posibles manifestaciones xenófobas.

Cuando la reflexión se traslada al papel que deben jugar nuestras bibliotecas, tanto públicas como escolares, en la lucha contra el prejuicio y el estereotipo las propuestas no pueden limitarse al plano estrictamente teórico, ya que el

contenido mismo de lo intercultural obliga a ampliar el campo de análisis para finalmente referirse a la interacción cultural en el plano social. La superación de los apriorismos culturales que dominan buena parte de nuestros niveles de convivencia con la población inmigrante no puede llevarse a cabo de forma efectiva desde la actuación unilateral de las bibliotecas, sí en cambio si intervienen complementariamente en proyectos pedagógicos dirigidos desde los centros escolares que tengan como objetivos capacitar al individuo para interpretar de forma crítica el discurso mediático y fomentar el descubrimiento de la diversidad cultural sin perder de vista el valor supremo de la igualdad entre las personas.

Participar en un proyecto así supone, a su vez, reconocer que el etnocentrismo ha estado presente en nuestra tradición cultural y en nuestra formación como profesionales. Fomentar una actitud respetuosa hacia la diversidad no puede ser creíble si no existen profesionales verdaderamente persuadidos de lo decisivo de su tarea, ya que constituyen el primer eslabón de la cadena que puede poner en marcha una nueva dinámica encaminada a fortalecer la pluralidad cultural y la igualdad social. Mediante este nuevo perfil del profesional, la biblioteca debe atender dos aspectos prioritarios:

- Coordinar sus actividades con las proyectadas por otras entidades del entorno social que actúen en pro de la población inmigrante como colectivos vecinales, sindicatos, asociaciones de inmigrantes y especialmente centros escolares.
- Desarrollar una colección que responda a los valores de la interculturalidad positiva. Buena parte de la vocación de un servicio bibliotecario se mide a través del tipo de material que conforma su colección. La selección documental debería responder a ciertos criterios básicos:
 - Superar las lagunas en el tratamiento de las culturas no europeas mediante la incorporación de aquellas obras que hagan hincapié en las aportaciones de esos pueblos a la cultura universal. (No todo lo que somos y sabemos es herencia de la cultura occidental.)
 - Incluir aquel material que suponga una refutación de prejuicios o visiones estereotipadas hacia cualquier minoría lingüística, religiosa, etcétera.
 - Desestimar el material que ofrezca una visión de la humanidad sesgada por el etnocentrismo o refuerce actitudes monoculturalistas y uniformizadoras.

A través de la aplicación de estos criterios estaremos en disposición de ofrecer lecturas alternativas al prejuicio cultural y relegar las interpretaciones que se hacen de otras sociedades como formas de humanidad imperfectas. ☑

Alfons González Quesada
